

# PINOCHO

AÑO. V  
NUM. 253

25 cts

22 DICIEMBRE  
1929



¡QUÉ CARIÑOSO ESTÁS, AMIGO TON! ¿COMO TE SIENTAS SOBRE MIS  
RODILLAS?  
¡ES QUE COMO EL BANCO ESTÁ MOJADO.....!



# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







# EL PARALELO 28°17'

por E. GIOVANOLA y A. M. BARBIERI

(Continuación)

paternal, haciéndole sentarse otra vez en la butaca — No llore

usted, me apena demasiado. Las lágrimas de un joven, aun producidas por el dolor, me han parecido siempre una debilidad. ¡Ánimo! Tenga usted valor y corra aun en el feliz éxito de la empresa. Y aguarde para desesperarse, si el caso llega, a que no se tengan más noticias que las absolutamente negativas. Pero entre tanto, sea usted valiente y dé un poco de tregua a la ansiedad torturadora de su pensamiento. Mañana será Navidad, es decir, para ustedes la fiesta simbólica de la paz, y yo deseo que transcurra tranquilamente con todos estos amigos, entre seremos pensamientos de esperanza, haciendo votos por la liberación de su padre de usted.

—¡Ah, si los votos valiesen!

—Valdrán, ya lo verá usted—le aseguró el príncipe. Luego se volvió a todos nosotros y prosiguió:

—Tengo que hacerles una proposición; una proposición y un convite. Honremos juntos esta solemnidad para ustedes característica, y en vez de reunirnos para el habitual banquete en el *Regina Hotel*, vengán todos mañana a mi hotelito de Neuilly donde les haré preparar una buena comida (a la europea, dicho se está) y donde brindaremos por el buen éxito de la empresa. No admito excusas. Desde que supe que D'Alimand estaría entre nosotros estas Navidades, acaricié este proyecto; y me contrariaría sobremanera tener que renunciar a él.

La proposición del príncipe fué acogida con gran entusiasmo. Sólo el Vizconde de Lermon-

siaux, el General Mercadier, Sartiaux, y algunos otros que pasaban la Nochebuena en familia se declararon apenadísimos por no poder aceptar la invitación; y lo mismo Canedi y Nordbyl por motivos profesionales y el P. Marsan por razones de su ministerio. Todos los demás dieron al príncipe, en señal de adhesión, sus respectivas tarjetas.

Siguió a esto un ruidoso cambiar de saludos, cumplidos y citas; y diez minutos después, en mi biblioteca no quedábamos más que yo y Cayetano entre un gran revuelo de sillas y butacas y en medio de una nube transparente de humo grisáceo.

\*\*\*

El príncipe Nojowamaki hizo en verdad las cosas a lo príncipe.

Unos cuantos automóviles fueron a recoger a los invitados ante el Café de Madrid donde nos encontramos todos después del almuerzo. Éramos cerca de veinte, todos satisfechos de aquel día—¡único en el año!—de descanso completo y aguijoneados por la curiosidad despierta en nosotros por aquella Navidad japonesa que nos esperaba. Para estar en París, la cosa era efectivamente bastante singular.

Los automóviles se lanzaron a la carrera por los amplios bulevares, en el fango de las vías de extramuros, bajo la nieve que había empezado a caer otra vez lenta y copiosa; y las trompetas y las sirenas hacían en el raudito desfile una música extraña y discorde que paraba a las gentes como ante un espectáculo insólito. Se atravesó el hermoso arrabal de Neuilly hasta la calle de Péromet, en el fondo de la cual y al otro lado de una cancela de doradas lanzas, surgía, en medio de un jardín de copudos árboles arropados en la nieve, la pequeña villa del príncipe,



un palacete de estilo *liberty* que no dejaba ciertamente sospechar el exotismo de su interior.

Los tapetes, las esteras, los papeles de los muros, los tibores, los faroles, los abanicos pendientes del techo, los muebles escasos y minúsculos, las vidrieras historiadas de los huecos, todo, hasta en los menores detalles, era castizamente, auténticamente nipón. Hubiéramos jurado que por un sortilegio de aquel excelente hombrecillo japonés, nos habían transportado a un rincón de su delicioso país. Los termosifones, que daban al ambiente una ideal temperatura de invernadero florido, debían de estar ocultos detrás de los biombos de seda sobre los que campeaban, recamados en hilo de oro y colores vivísimos, diagonales y pájaros fantásticos; y en cada habitación, sobre una mesa de laca, dentro de un microscópico brasero de cobre repujado, ardía un sutil y delicado perfume.

Y, como nota discordante en medio de aquel sueño oriental hecho realidad, entre sus servidores, vestidos todos con el típico traje nacional, apareció la pequeña persona del príncipe envuelta en un impecable traje de etiqueta, con su pechera blanca y su zapato bajo de charol.

Eran ya las cuatro y media y en seguida pasamos a otro de los saloncitos donde nos fué servido el té.

—Es infusión de *Tai-ping*, la bebida de los reyes—nos informó el anfitrión presentándonos una caja de metal.

Pervenko, mientras nosotros absorbíamos la inestimable bebida, nos explicó que esta calidad de té es rarísima, no pudiéndose obtener gran cantidad por ser el resultado de mezclar las hojas que producen las colinas de Fu-Cheu y los terrenos de Han-Keu sobre el Río Azul; un producto que los comerciantes reservan para poder abastecer anualmente a los varios Palacios Reales del mundo.

Pero aun no habían acabado las maravillas. Después del té se pasó a otra sala a cuya puerta nos detuvimos atónitos y emocionados. En medio, dentro de un gran jarrón de porcelana,

emergía un soberbio abeto, iluminado por gran número de farolillos multicolores; y colgando de las ramas, había otros tantos envoltorios pequeños entre un centelleo de estremitas de vidrio y de flecos dorados: el símbolo de la solemne característica fiesta común a toda la cristiandad, surgido allí para celebrarla acaso por primera vez en la morada de un sintoísta.

—¡Hasta el árbol de Navidad, príncipe!—dijo el honorable Rézard a Nojowamaki, radiante al ver la alegría que fulguraba en nuestros ojos desde un momento antes añiados—. ¿Es posible ser más europeo?

El príncipe distribuyó entonces los recuerdos; todos, pequeños productos del paciente arte japonés. A mí me tocó una preciosa tabaquera de plata cincelada; los demás tuvieron quién un idolo de marfil, quién una plegadera de plata, éste un cenicero de porcelana, aquél una graciosa fruslería.

Llegó con todo eso la hora de comer. Pasamos a un salón también del mismo estilo, donde la mesa estaba sin embargo servida conforme al uso europeo; y es superfluo decir que los manjares fueron exquisitos y se consumieron entre el general buen humor. Hasta Enrique parecía haber desechado por el momento sus tristes preocupaciones, y sonreía con frecuencia a las ingeniosidades... japonesas del príncipe:

Al acabar la comida, precisamente mientras los criados traían en argentados cubos el champaña, entregaron al príncipe un despacho. Lo miró y se lo pasó al abogado.

—Es para usted Galiani Su criado lo ha traído aquí.

Franco abrió febrilmente el telegrama y apenas hubo puesto en él los ojos, prorrumpió en un grito:

—¡Enrique! ¡Victoria!

Todos se pusieron en pie.

—¡Leel! ¡leel!

Y el abogado leyó fuerte, en un aliento:

«Cruzo hoy frontera China para reunirme a Mandiguet junto poseedor documentos. Llegue

(Continuará en el próximo número)

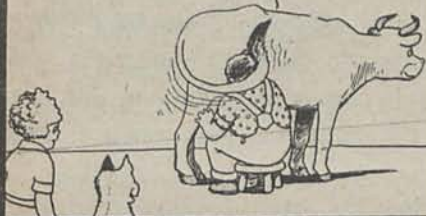


# ANITA

## BUEN-CORAZON



¡ESTATE QUIETA  
QUE ME ESTÁS DAN-  
DO CON LA COLA EN  
LA CARA!



¡ESTÁ VISTO  
QUE NO TE VOY  
A PODER OR-  
DENAR!



¡NADA, NADA;  
QUE TE HAS PRO-  
PUUESTO DARME  
UNA PALIZA!



¡ATANDO TU COLA  
A MI PIERNA TEN-  
DRÁS QUE ESTAR-  
TE QUIETA!



¡YO EN-  
CUENTRO  
ESO AL-  
GO PELI-  
GROSO!

¡NO LO CREAS,  
ESTA VACA ES  
MUY MANSA!



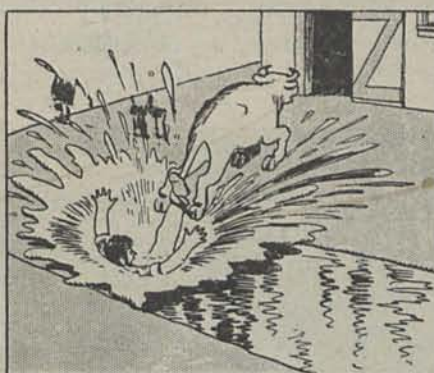
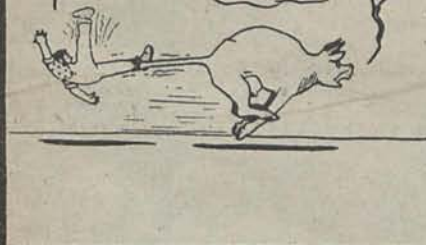
¡LO QUE  
YO MEES-  
TABATE-  
MIENDO!

¡EWH! ¡MUU!

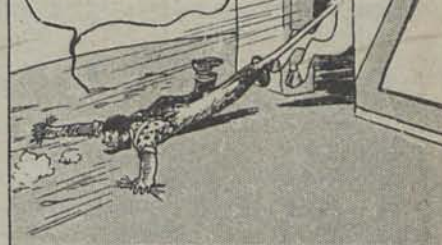


¡AY!

¡MUUU!



¡AUXILIO!



¡OTRA CALAMIDAD!  
¡SE HA CERRADO  
LA PUERTA  
DETRAS DE  
ELLOS!



¡DIOS MIO,  
COMO GRITA,  
Y NO PUEDO  
AUXILIARLE!



¡PLAF!

¡AYY!

¡POM!

¡ZÁS!

¡AYY



¡VOY A AVISAR QUE VEN-  
GAN A SOCORRERLE! ¡ES-  
TA VISTO QUE MUCHAS  
DESGRACIAS OCURREN  
POR IMPRUDENCIAS!





# EN EL REINO DE LAS TINIEBLAS POR E. SALGARÉ

(Continuación)

—¿Hemos subido o hemos ido bajando?

—No te lo puedo decir.

Sentí que se me erizaban los cabellos y que el corazón se me encogía con una angustia indescriptible.

¿Aquello era el fin?

Permanecimos silenciosos durante algunos minutos. El terror parecía helarnos la sangre.

—Bill—, dije a mi amigo—Es necesario que busquemos una lámpara. Sin algo de luz nos perderemos en el laberinto de estas galerías y nunca lograremos salir de la mina. Es imposible que no haya quedado alguna encendida junto a cualquiera de los mineros que han sido atacados por el fuego. ¿Tienes algún fósforo?

Le oí que se palpaba en los bolsillos y luego lanzó un grito de triunfo.

—¡Uno he encontrado!—dijo.

A los mineros, a fin de evitar desgracias les está severamente prohibido tener fósforos pero es raro

que alguno no los lleve en el fondo de cualquier bolsillo, pues en su mayoría son fumadores empedernidos y apenas salen de la mina encienden sus pipas.

Uno sólo era demasiado poco. Si se hubiera apagado o la humedad de la galería le hubiera inutilizado ¿qué harían? Sin embargo, peor era no tener ninguno.

—No le pierdas, Bill—le dije.

—En la mano lo llevo y no se me perderá, descuida. Esto vale más ahora que si fuese una pepita de oro.

Había que buscar una lámpara. La cosa no era difícil. Había millares de ellas en la mina y cada minero llevaba por lo menos una o dos. A saber, las que podrían hallarse en la galería aplastadas por los pisotones de los mineros fugitivos.

Retrocedimos por tercera vez estirando los pies a diestro y siniestro por si tropezábamos con alguna lámpara olvidada o caída.

No hacíamos más que tropezar a cada paso bien







con piquetas, bien con montones de carbón de piedra allí abandonado, pues nada podíamos ver. Al fin caímos sobre un grupo de cadáveres. Había allí muchos, todos amontonados unos sobre otros en forma que nos cerraban el paso. Bill se inclinó y comenzó a registrar buscando si entre aquellos desgraciados que exhalaban un acre olor a carne quemada, hallaba alguna.

Una exclamación de triunfo me advirtió que mi amigo había encontrado lo que deseaba.

—¿Una lámpara?—dije con voz temblorosa.

—Sí, Harry, la he hallado colgada en el cinturón de uno de estos pobres compañeros.

Abrió a tuestas la red metálica y tenía ya apoyado el fósforo en el pantalón para frotarlo cuando un pensamiento le detuvo:

—Harry—me dijo con voz de espanto—¿Y si hubiese aun grisú?

Al oír aquella observación se me heló la sangre en las venas. El maldito gas podía haberse reunido de nuevo en la galería y se hubiera inflamado. La explosión habría abierto nuevas brechas en la masa carbonífera y de ellas podían salir nuevas emanaciones.

Permanecimos en silencio durante algunos minutos. No sabía yo qué responderle a su prudente advertencia.

—Escucha Bill—, le dije al fin—. Sin luz nos va a ser imposible llegar a los pozos: vamos a intentar probar suerte.

Entre morir quemado rápidamente o de hambre, aquí encerrado, lentamente, prefiero morir de prisa que despacio. Suceda lo que suceda yo voy a encender la lámpara. Me tenderé en el suelo: ya sabes que el grisú siempre está por lo alto.

Bill me dió un apretón de manos, profundamente conmovido.

—Por si no nos volviéramos a ver ya más, ¡adiós! camarada. Se encorvó todo lo que pudo hacia tierra y comenzó a frotar suavemente la cabeza de la cerilla. Mi corazón saltaba de sobreexcitación y sentía que todo mi cuerpo tiritaba.

¿Habría inutilizado la humedad el fósforo?

De pronto se destacó un punto brillante en torno a la lámpara, después surgió una llanita que pronto se extendió, de un azul intenso.

—¡El grisú!—exclamé—¡Ten cuidado, Bill!

Un golpe seco me anunció que la lámpara había

sido cerrada con rapidez. El minero, que por el color de la llama había notado la presencia del gas grisú, con una rapidez increíble había encendido la lámpara y apagado en seguida el fósforo. Un momento de retraso o de vacilación nos hubiera quizá envuelto en un huracán de fuego.

Nunca podré cesar de alabar la sangre fría de aquel valiente muchacho. Otro en su lugar en aquel momento de angustia habría perdido la cabeza.

¡La luz! Después de dos horas en plena oscuridad podíamos al fin vernos y andar por aquellos sitios.

Bill acercó la lámpara hacia mi cara para verme a los rayos débiles que proyectaba y lanzó un grito de pena.

—¡Pobre amigo Harry! ¡cómo te ha dejado el grisú! ¡cuánto debes sufrirl!

—No te ocupes de mis quemaduras—le dije—Busquemos antes un sitio por donde podamos huir de este infierno.

A pesar de mis protestas mi amigo me vendó mejor la cara con un girón de tela que sacó de su camisa y un poco de aceite que extrajo de una lámpara apagada que halló junto a un minero.

—Gracias, Bill—, le dije con voz conmovida—. Ya me siento mejor y podré seguirte. ¿Sabes ya dónde nos encontramos?

Mi compañero miró las paredes de la galería.

—Si no me engaño—contestó después de un rato—debemos estar muy cerca del depósito número 7.

Ante nosotros había una verdadera hoguera de cadáveres.

Aquellos desgraciados mineros al llegar allí en tropel debieron quedar envueltos por el fuego y allí cayeron todos.

¡Qué espectáculo más horrendo! Tenían quemadas las ropas, los rostros ennegrecidos y agrietados por la intensidad de las llamas, las manos crispadas sobre las mejillas.

Ya sabéis que el grisú produce además efectos asfixiantes. Si no mata de un golpe al minero le sofoca poco a poco.

Por una verdadera casualidad o por milagro nosotros nos habíamos librado de aquella atmósfera envenenada que desapareció al inflamarse antes que llegase a esparcirse por las galerías laterales. Es

(Continuará en el próximo número).





# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



FIJATE QUE MONAD, ¿E PERRITA. YA CASI SE SOSTIENE SOLA Y ANTES DE UNA SEMANA SABRÁ ANDAR.

ES LISTÍSIMA ¿HA VISTO USTED QUÉ BIEN DICE PAPÀ Y MAMÀ?



PUES ¿Y SALTANDO A LA COMBA? ES UN HACHA.

¡Y HAY QUE VER LO QUE LE GUSTA QUE LE DEN TOCINO!



MIRA, CURRINCHE, DICE LA PERRITA QUE QUIERE QUE LE COMPREMOS UNA CASITA.

SI, SEÑOR TIENE DERECHO.



TADEO ZANGANORRIZ  
ESPECIALISTA EN CONSTRUCCIONES PERRUNAS.  
HOTELITOS Y FINCAS DE RECREO.



¡CON UN HOTELITO ASÍ LA VIDA ES UNA DULCE SONRISA!

¡SUERTE QUE TIENEN ALGUNAS PERSONAS DE HABER NACIDO PERRAS!



OYE, CURRINCHE, DICE LA PERRITA QUE QUIERE COMER PAELLA.

SI SEÑOR; TIENE DERECHO.



¡VAYA PAELLITA! ¡LLEVA SEIS CONEJOS, DOCE GALLINAS, TRECE CANGREJOS Y DOS TERNERAS!

¡SE VA A HINCHAR!



¡CURRINCHE! ¡AQUÍ PASA ALGO GRAVE! ¡FIJATE COMO SE ESTÁ REVIENTANDO LA CASETA!



¿NO LE DECÍA YO QUE SE IBA A HINCHAR?

¡QUÉ BARBARIDAD! ¡LO QUE HA ENGORDADO!







# COLORÍN y su PANDILLA





# CUENTOS DE CALLEJA

## ESCUELA DE DIBUJO

Casillor



UNA vez había un muchacho tan aficionado a estropear paredes, puertas y ventanas con grotescos dibujos, que no había medio de impedir que en cualquier parte hiciera alarde de su torpe habilidad.

Una tarde se acercó al propio muro de la escuela, y allí, con el mayor cinismo, comenzó a dibujar con carbón una de sus raras figuras. Perico, que así se llamaba el muchacho, trazó el contorno de la cabeza del monigote, hizo los ojos y la boca, y, ¡oh prodigio!, el muñeco empezó a parpadear y a abrir la boca y sacar la lengua como un desesperado.

No era miedoso Perico, y por eso no le asustó la maniobra de la pintura; y así, sin preocuparse, siguió con el carbón dibujando los brazos y el resto del cuerpo. Pero, no bien hubo concluido, salió de la piedra la mano del muñeco y le dió una soberbia bofetada que le hizo perder el equilibrio, y aun diera con su cuerpo en el suelo si otra caritativa bofetada de la otra mano, y en el carrillo opuesto, no le hubiera sostenido en pie. Más, por si no se había dado por aludido, salieron también de la pared las piernas, y dos vigorosos puntapiés que recibió Perico en la boca del estómago le acabaron de convencer de que allí so-  
braba uno y era él. Ya convencido, se dispuso a marchar, cuando, desprendido de la piedra todo el muñeco, de un salto se le puso encima de los hombros y comenzó a morderle en el cogote.

Corrió Perico como un galgo hacia su casa, sintiendo en el cuello la impresión de aquella carga inesperada cuando ésta se fué haciendo tan pesada como si, en vez de una pintura de carbón, se tratara de una estatua de bronce.

Dejóse caer al suelo el pobre muchacho, y al levantarse vió a su lado, en medio de la plaza, al muñeco en cuestión, alto como un gigante y convertido en una inmóvil estatua de hierro.

Trató de huir; pero la estatua le cogió con sus manazas por

el cuello, y, subiéndole en vilo, le colocó sobre sus hombros, y acto seguido echó a correr en dirección al campo. Sus pasos producían un ruido de ferretería muy desagradable, algo así como el de un saco lleno de clavos que se agitara.

Era de noche y nuestro gigante con Perico a cuestas, corre que te corre, se encaminó a un monte próximo hasta dar en una gruta oscura, en la cual entró sin necesidad de cerillas, porque de sus ojos salían unas luces muy intensas.

Por fin, después de unos cuantos minutos de una marcha

por la gruta, hizo alto el hombre de hierro, y, dirigiendo la luz de sus ojos a un rincón, encendió con la mirada una lámpara que colgaba del techo de roca, y, hecho esto, bajó de sus hombros a Perico y se sentó.

—Tú no sabrás quién soy—dijo el muñeco abriendo la boca con una horrible sonrisa—; pero, cuando lo sepas, se te van a abrir las carnes de miedo.

—Eso si que no—dijo el chico—, porque ya las tengo abiertas; y como no puedo pasar más miedo del que tengo, a fuerza de tener tanto, ya se me va pasando el que tenía.

—Pues yo soy el mago Adefesio, que estoy harto de que me pintéis tan feo y tan parecido todos los muchachos. Lo que más me molesta es que me ponéis los ojos

sin pupila, y sin respiradero las narices. Además, las orejas que me ponéis parecen asas de un puchero, y ya me canso de que ande por el mundo mi retrato tan desfigurado y tan mal hecho. ¿No podríais aprender a dibujar un poco antes de meteros en esos dibujos? Pues el castigo que os reservo yo es haceros todos los días vuestro retrato.

—¡Vaya un castigo!—exclamó Perico.

—Es que yo tampoco sé dibujar—contestó el hombre de hierro—; y lo peor del caso es que, conforme voy pintando, os vais pareciendo a lo que yo dibujo, de modo que en un periquete quedáis desfigurados. Conque ¿no te parece castigo energético? ¡Ya lo verás!

Y, cogiendo a Perico por un brazo, tiró de la lámpara que







colgaba, se abrió un agujero en el techo y la lámpara subió arrastrando por el aire al muñeco y a Perico.

La luz continuó subiendo a través de una especie de tubo que iba iluminando, y cuyas paredes estaban forradas de libros llenos de dibujos mal hechos, planas echadas a perder, pedazos de banco con grabados hechos a cortaplumas, y carpetas destrozadas en fuerza de pintar en ellas. Aquello era el museo del hombre de hierro, y cada vez que le veía se llenaba de ira contra los jóvenes pintores que todo lo estropean.

De pronto se encontraron en una espaciosa habitación decorada al estilo árabe y amueblada con un lujo extraordinario.

En el fondo había un caballete, y en él una pizarra con muñecos como los que Perico dibujaba.

—¡Hombre!—dijo el muchacho mirándolos—; ¡si parecen míos!

—Pues ahora verás lo bueno.

Y, sacudiendo los dedos, produjo un sonido metálico; en el acto se aparecieron por una puerta multitud de chicos de diferentes edades, con la cabeza redonda, los ojos de besugo, las narices cerradas y las bocas muy abiertas y enseñando dientes como sierras. Los brazos eran delgados como alambres, y terminaban en unos dedos largos y sin articulaciones.

Perico no se asustó al verlos.

—Pues así te vas a ver dentro de un momento—dijo el monigote.

El hombre de hierro cogió una tiza, y, acercándose al encerado, comenzó a dibujar la cabeza de Perico; pero éste llamó la atención del muñeco, y cuando éste miraba hacia otro lado, borró lo que había pintado en la pizarra.

El hombre debía ver poco, porque siguió pintando muy tranquilo, y Perico borrando lo que el otro pintaba; y cuando ya creyó que había concluido, cogió al muchacho, le acercó a la luz, y júzguese de su sorpresa al verle como antes.

Volvió lleno de rabia a la pizarra, pero Perico le echó la zancadilla y le dejó caer cuan largo era. Entonces le tiró encima el encerado, el caballete, se subió sobre él y comenzó a patear al muñeco, y,



llamando a sus compañeros, gritó:

—¡Venid aquí para que no se escape!

Los muchachos acudieron, y, subiéndose encima del encerado, impidieron con su peso que el muñeco de hierro se moviera.

Mas no quedó la cosa así, porque Perico era un muchacho de mucha travesura, y, cogiendo una cuerda que halló a su mano, colgó por el pescuezo al hombre de hierro de la lámpara, y, tirando del otro extremo de la cuerda, le remontó en alto, con ayuda de sus compañeros.

Como aquel hombre era de hierro, no se ahorcó; pero, colgado, nada podía hacer sino visajes.

—¡Bajadme!—gritaba el infeliz—, y seguid pintando lo que queráis.

—Esa no cuela, amigo—contestaba Perico, riéndose de los gestos del muñeco.

Los demás chicos ataron la cuerda a un sofá para no cansarse, y, acaudillados por Perico, comenzaron por recorrer las habitaciones de la cueva. Todas ellas eran preciosas, salvo que el adorno de las paredes era de muñecos grotescos como el

dueño.

La salida de la gente era lo que no parecía por ninguna parte. Y, es claro: como el medio de salir era por la lámpara de que estaba colgado el monigote, no había que pensar en ello.

Inquieto ya Perico, volvió a recorrer las habitaciones, y, molesto al ver en las paredes lo que le recordaba su desdichada aventura, sacó el pañuelo y borró todos los dibujos, viendo con extraordinaria sorpresa que los muchachos recobraban su forma primitiva. Al borrar el último dibujo se oyó un ruido formidable: el hombre de hierro se deshizo como si fuera de humo, desapareció el palacio y se encontraron a la salida de la caverna. Desde allí fueron al pueblo, donde eran esperados por sus padres, y les contaron lo sucedido.

Todos dieron gracias a Dios y prometieron no volver a pintar muñecos en ninguna parte.

\*\*\*

Perico fué muy hombre de bien, se dedicó al dibujo y llegó a ser un gran pintor; pero nunca olvidó aquellos monigotes que tan caros pudieron costarle.—FIN.







# ¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Cuando quieras, curioso Chonón, empezaremos nuestra charla de hoy.

—Cuando tú gustes, amigo buho.

—Pero has de decirme de qué quieres que hablemos hoy.

—Pues vamos a dedicar nuestra charla de hoy a esos monos gigantes que tienen figura humana.

—Te refieres a los antropomorfos o antropoides ¿no es eso?

—Me refiero, principalmente al chimpancé.

—Pues el chimpancé es antropoide. Lo mismo que el orangután y que el gorila. Antropoide o antropomorfo quiere decir «forma de hombre» y no sólo la forma, sino también la organización de estos mamíferos, es muy semejante a la del hombre. Los tres que te he citado forman una categoría a la que se la designa con el nombre de monos superiores.

—¿Es cierto que el chimpancé, el gorila y el orangután piensan como el hombre?

—Nada de eso, querido Chonón. El pensamiento, el raciocinio y la inteligencia, son patrimonio exclusivo del hombre y ningún otro ser viviente de la Creación puede parangonarse con el humano en este sentido. Esos tres mamíferos, al igual que sus familiares, los monos, tienen un gran instinto imitativo, como no lo tienen los demás animales, pero cerebralmente, no pueden compararse en modo alguno con el hombre.

Los monos, sobre todo, tienen gran facilidad para asimilar todos los defectos del hombre, pero en cambio no tienen capacidad para aprender sus virtudes. Son malignos, hipócritas, pérfidos y vengativos. Aprenden una porción de habilidades que no dejan de tener gracia, pero son muy desobedientes y revoltosos.

—Entonces ¿tú no les reconoces ninguna virtud?

—No digo tanto como todo eso. A mi me gusta ser justo y no he de omitirte algunas, muy pocas, buenas cualidades que tienen estos animales. No hay que negar que muchas veces son pacienzudos, dulces, alegres, y, sobre todo, muestran con frecuencia cariño y confianza hacia el hombre.

—¿Y te parece esto poco?

—Es que el dominio del hombre les impone respeto y este respeto es el que poco a poco va transformándose en confianza y afecto.

Bueno, amigo buho; hablemos ahora solamente del chimpancé, que ha sido lo convenido.

—Hablemos de él. Este mono superior, habita solamente en las selvas vírgenes del África Central y parte de la Meridional. Es de constitución muy fuerte y robusta. Sus músculos son hercúleos y esto le hace desarrollar una fuerza poderosísima. Su pecho es amplio, y sus brazos y piernas vigorosos. Tiene la piel de color de carne y su pelo, áspero y largo, es negruzco, cubriendo casi totalmente el cuerpo. El cráneo y la barbilla, deprimidos, y la parte superior de las órbitas más prominente que en el hombre y menos que en el gorila. Las orejas enormes, y de forma muy irregular.

¿Anda también sobre los dos pies, como nosotros andamos?

—Anda sobre sus cuatro extremidades, apoyando en el suelo el dorso de sus manos, que lleva cerradas, y sólo puede mantenerse derecho uniendo ambas manos por encima de su cabeza. Las manos y los pies, provistos cada

uno de cinco dedos, son relativamente grandes y tienen las palmas desprovistas de pelo. Viven en la parte más frondosa y sombría de los bosques y selvas.

—Será para ocultarse de la vista de sus enemigos.

—Y no solamente por eso. Sus viviendas las instalan en la copa de árboles robustos, haciendo para ello una plataforma con ramas, troncos entrecruzados que recubren a modo de colchoneta con hierbas y hojas. A veces cubren su vivienda con un techado de ramaje muy tupido para preservarse de los efectos de la lluvia. Se agrupan en familias que no exceden de diez individuos que se protegen entre sí con verdadera solicitud.

—¿Es carnívoro el chimpancé?

—En estado salvaje se alimenta de frutos y vegetales. Por esto es temible su presencia en las plantaciones; porque causa en ellas enormes destrozos. Pero en cautiverio, el chimpancé come carne y cuantos alimentos no desagradables se le proporcionen.

—Dime, mi querido buho. Si yo me encontrase en la seiva con un chimpancé ¿sería atacado por él?

—Seguramente que no; si tú te mostrabas tranquilo sin dejar ver intención alguna de hacerle daño, no te haría nada. Es evidente que rehuye el encuentro con el hombre, pero si ve que se le persigue o acosa se convierte en un enemigo formidable. Acomete con fiereza sin igual y si logra hacer presa en su perseguidor lo estrangula entre sus hercúleos brazos.

—Yo he leído en algunas novelas que estos animales han secuestrado en varias ocasiones a mujeres y niños.

—No olvides, querido Chononcito, que las novelas no son narraciones históricas. Los novelistas se dejan llevar en alas de su propia fantasía y eso de los secuestros llevados a cabo por chimpancés no deja de ser otra cosa que una linda fantasía muy apropiada para llevarla a las páginas de un libro.

—Debe de ser muy difícil cazarlos ¿verdad buho?

—Más que difícil es peligroso. Los indígenas suelen matarlos hiriéndolos por la espalda con lanzas o picas de largo vástago y otras veces, cuando quieren cogerlos vivos, los acosan y hacen caer en trampas de redes hábilmente preparadas. Cuando el chimpancé se ve herido restaña la sangre comprimiéndose la herida entre sus dedos, y si esta operación no es suficiente cubre la parte dañada con hojas o yerbas.

—Otro día tienes que hablarme de las costumbres del chimpancé. Yo he visto fotografías de chimpancés vestidos a la usanza humana, y algunos hasta sirviendo la mesa, ni más ni menos que como un vulgar criado. Esto es altamente interesante y ya puedes comprender hasta qué punto aviva mi curiosidad.

—Otro día hablaremos, pues, de este asunto. Por hoy hay que ponerle punto final a nuestra charla.

—¿Punto final?

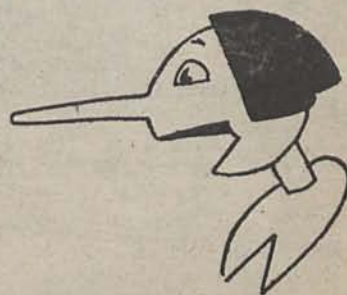
—O punto y aparte. Pero un aparte que durará hasta el domingo próximo.

—Pues hasta el domingo. No te olvides ¿eh? Ya sabes que tenemos que hablar de las costumbres del chimpancé en estado doméstico.

—No se me olvida. Por si acaso me haré un nudo en el pañuelo.



*Si quieres a Pinocho, recomiéndalo a tus amigos.*





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE DICIEMBRE

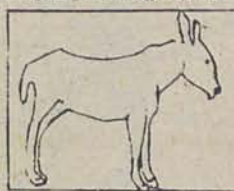
Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



Retrato  
José Pinillos 9 años



Periquín  
Rosario Losada



Un burro  
Erick Malthian



Un racimo  
María Caro



Un pavo  
María Caro



Mi hermano  
Rosario Losada



La madre de  
Colorín  
R. Losada



Juan E. Verdoso, Guayaquil (Ecuador)  
Mis mejores amigos



Gente conocida.—G. Sancho



Un elefante del Retiro  
Andrés Ruiz de la Rosa



Un guerrero  
Juan Murcia, 9 años



Morranguis, gato criminal  
Juan E. Verdesoto



Araña  
María Caro



Una rosa  
María Caro



Una pera  
María Caro

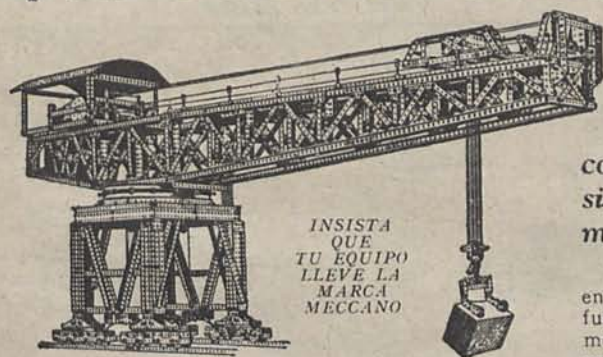


Un perro  
María Caro



Un futbolista  
Pepito García

## ¡TU PUEDES CONSTRUIR ESTE MODELO!



INSISTA  
QUE  
TU EQUIPO  
LLEVE LA  
MARCA  
MECCANO

GRATIS—  
NUEVO LIBRITO  
MECCANO



Funciona  
correctísimamente,  
siendo montado enteramente  
con las piezas de Meccano

Porqué envidiar al Meccaninfo que hoy se ocupa en construir un modelo de una potente grúa que funciona con precisión, mañana de seguro tendrá montado un chasis de automóvil y pasado mañana una magnífica draga. Tu mismo puedes divertirte con los mismos modelos y otros no menos atrayentes, pues puedes hacer lo mismo que al construirlos tu mismo.

Todas las piezas del sistema son de norma e intercambiables, pudiendo ser utilizadas las mismas piezas para la construcción de centenares de diferentes modelos que funcionan todos. Las tiras y placas son pulcramente esmaltadas en rojo y verde con un acabado sólido y duradero.

Equipos desde Ptas 15.00 a Ptas 1150.00 en los principales Bazares y Librerías

# MECCANO

Agente para España y Portugal:

José Palouzié Serra (Sección 15), Industria 226, Barcelona

Producto de: MECCANO LIMITED, LIVERPOOL, INGLATERRA

Nuestro representante tendrá sumo gusto en mandarte gratuitamente un ejemplar del nuevo librito Meccano con tal que le envíes las señas de tres de tus camaradas. Indique el número 15 a continuación de tu nombre, como referencia.

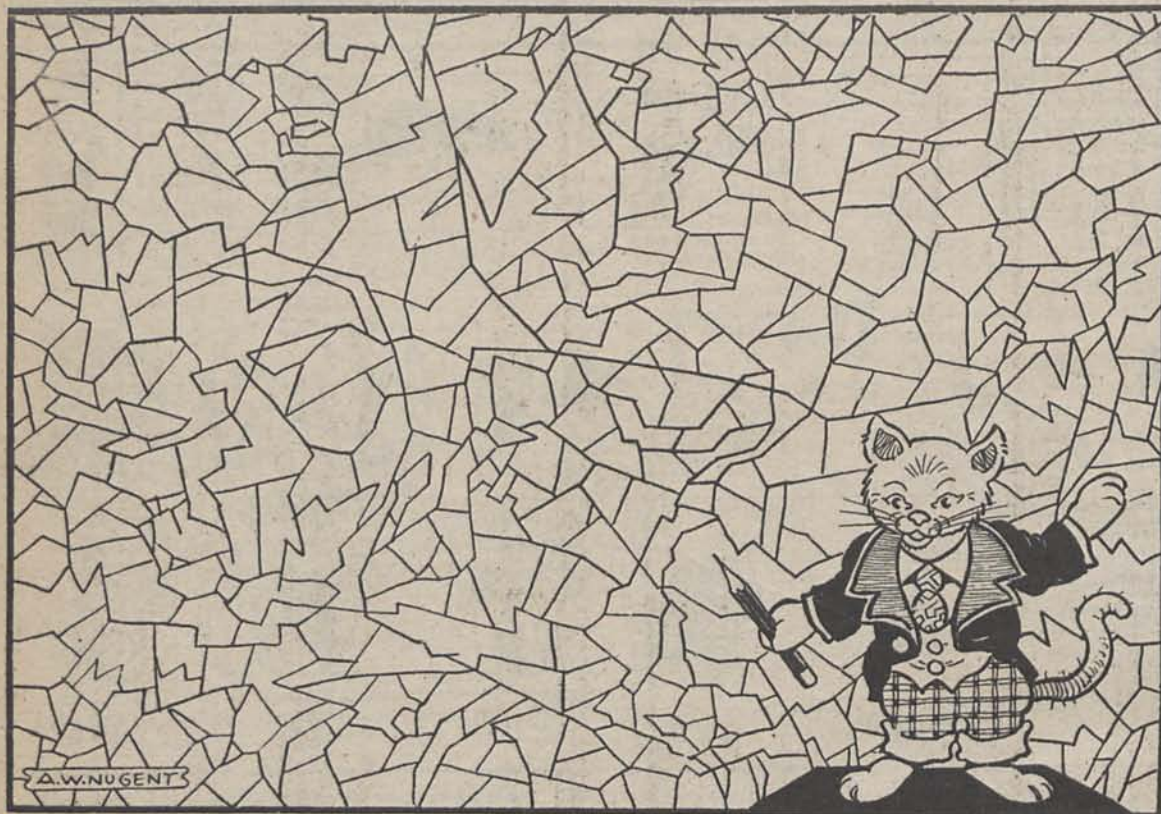
Ayuntamiento de Madrid



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE DICIEMBRE

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## CINCO ANIMALES



Este gato dibujó cinco animales pero como no le gustaban rápidamente trazó encima un laberinto de rayas y líneas verdaderamente espantoso. ¿Sabréis encontrarlos vosotros?

## LOS NÚMEROS



## LOS TRES PECES



Hay que dividir la parte en que se encuentran los números en siete partes trazando para ello tres líneas rectas solamente pero con la condición de que los números que haya dentro de cada parte sumen nueve.

¿Por qué no buscáis tres pececitos que están escondidos en este dibujo y los cuáles, por más vueltas que le doy, yo no puedo encontrar? Ayudadme; por lo que más queráis en mis pesquisas.



# VIDA PINOCHISTA



TERESITA CEMBORAIN  
Accesits



ROMÁN JUGO  
Accesits



MANUEL HIDALGO



M.ª DEL CARMEN  
MIQUELAJAUREGUI



ANITA CEMBORAIN  
Accesits



PILAR Y RAMÓN  
JARAQUEMADA



LAS HERMANITAS PEREIRA



ROSARIO LOSADA  
Accesits



INÉS JARAQUEMADA

## CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE JULIO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Jerónimo Valdilecha.
- Segundo premio.—Antero Mis.
- Tercer premio.—Pepito del Río.
- Cuarto premio.—Agustina Mayorga.
- Quinto premio.—Irene Andresco.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Sérnulo Acanto, Cosme Sirera, Rufo Manchón, Genaro Arteaga, Prisca Carrere, Saturnino Tovar, Paulita Lanjarón, Humberto Bark, Teresita Paradinas, Leoncio Cisneros, Enriqueta D'Horty, Ginés Poliante, Berta Gayoso, Berta Sostrada y Gómez, Crispulo Mon, Arnaldo Cejin, Tancredo Valle, Rufo Manchón, Pedro Martínez, Laura de Arellano y Fernando Alfaro.

Los Pinochistas premiados podrán recoger sus premios en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid, hasta pasado un mes de la publicación de este número. Para entregar cada premio se exigirá a cada Pinochista que entregue su retrato para publicarlo en la Revista. Los que deseen recibir su premio en su casa (sea en Madrid, en provincias o en América) deberán escribir a PINOCHO, Apartado 447, Madrid, reclamando el premio que les haya correspondido, acompañando igualmente a la carta su retrato y añadiendo una peseta en sellos para gastos de envío del premio.

Los Pinochistas premiados con accesit deberán reclamar por escrito su diploma y enviar cincuenta céntimos para gastos. No se exige su retrato; pero podrán, si quieren, enviarlo para que se publique con la mención «Premio con accesit».

## PREMIOS A LA COLABORACIÓN PINOCHISTA DEL MES DE JULIO

PREMIOS consistentes en libros de preciosos «CUENTOS DE CALLEJA»

- Primer premio.—Juan Naya.
- Segundo premio.—Manolo Sanchis.
- Tercer premio.—Luis Labiano.
- Cuarto premio.—Angel Moreta.
- Quinto premio.—Rosario Losada.

ACCESITS consistente en un DIPLOMA con el emblema de PINOCHO y el nombre del Pinochista diplomado:

Teodoro M. M., M.ª Luisa López, Carlos R. de las Cuevas, Monserrat Arnedes, Esperanza Bada, Antonio Gutiérrez, Jesús Morales, Mandito Esteve, Miguel Canal, D. Ortega, Antonio Rogel, Lolita Fernández, Adolfo y Luisa Carmona, María Elena Hermia, Román Jugo, M.ª Antonia Arregui, Alfonso Soto, Luis Asensio, José Álvarez Cascos, José Moya, J. Velasco, Maruja Hernández, Tolo Vega, Francisco Manada, Juanito de la Serna y José Luis Piñana.



# SECCIÓN PIRULA

Cuentos de Pirula

## MARILDA, LA NIÑA QUE QUISO SER REINA (fin)



palacio para compartir con ella su trono, su corona y sus tesoros que eran fabulosos.

¿Creéis que al oír este discursito, Marilda se desmayó de asombro y de alegría? ¡Quí! Ni siquiera se sorprendió; estaba tan segura de que algún día había de enamorar a un soberano!

Dura, cruel, como lo son todos los ambiciosos, subió a la carroza y se marchó sin despedirse de su madre más que con una pequeña señal de la mano: «¡Adiós! ¡adiós!» como se hace cuando se va uno sencillamente a dar un paseo.

La carroza llegó al pie de una montaña, ante una roca que tenía una puerta, por la cual se internaron el rey, su esposa y el séquito, en un oscuro pasillo; Marilda se echó a temblar, pero el monarca la dijo: «No temas, en seguida habrá luz» y al poco rato desembocaron en una amplia sala, tapizada de oro, iluminada por antorchas cuyas llamas se reflejaban en montones de brillantes deslumbradores; en el centro de la sala había una mesa cubierta por vajilla de plata y adornos de pedrerías; en torno a la mesa estaban sentadas varias damas suntuosamente ataviadas con trajes de raso y alhajas.

Al aparecer los soberanos, toda la corte se puso en pie y gritó: «¡Viva el rey Orolindo! ¡Viva la reina Marilda!» Marilda no cabía en sí de gozo: ¡cuánto lujo! ¡Y al fin era reina! Todos aquellos nobles señores, todas aquellas damas elegantes eran súbditos suyos que la admiraban y la respetaban. En seguida, se acercaron dos doncellas vestidas de terciopelo y cubrieron el pobre traje de la nueva soberana con un manto de corte brochado en plata, y bordado de perlas y, sobre su cabeza, colocaron una corona real, de oro y esmeraldas.

Tantas emociones y el viaje habían abierto el apetito a Marilda; con gran satisfacción se sentó a la mesa, en el sitio de honor, a la derecha del rey. En seguida se sirvieron los entremeses; pero al ir a probarlos, Marilda notó con estupefacción que eran de zafiros y topacios; se le presentaron luego fritos de rubies, carne de coral, postres de perlas y de brillantes. Todo el mundo comía con gusto y charlaba con animación; pero Marilda no pudo probar bocado de todas aquellas cosas tan bellas; al fin, murmuró tímidamente: «Quisiera un poco de pan».

Tres criados se precipitaron y le ofrecieron un hermoso panecillo; pero tampoco pudo comerlo, Marilda; aquel pan era de oro.

Entonces, Marilda bajó la cabeza y se echó a llorar. Y ¿sabéis lo que hizo el rey al ver sus lágrimas? Pues soltar una carajada; y es que por lo visto su oración, era también de oro; por lo menos, tenía la dureza de este metal.

Después de la cena cuatro pajes condujeron a la reina Marilda a otra sala tapizada de plata: en medio había una cama de oro, con colchones llenos de brillantes y sábanas de tisú.

Marilda, rendida de cansancio y de sueño, se acostó, pero no pudo dormir: las pedrerías de los colchones le molían los huesos; los hilos metálicos de las sábanas, le arañaban la piel; hasta que se levantó y pasó la noche sentada en el suelo que era lo menos duro que había allí.

Y así transcurrieron para la reina tres días de horror; tres días sin comer, ni descansar junto al soberano que se burlaba de ella, y rodeada de la corte que

no la miraba más que para besarla la mano; el tercer día, Marilda huyó de aquel palacio subterráneo, deslumbrador y maldito, huyó hacia su pueblo, donde vestía trajes de algodón, pero donde dormía en cama blanda cuando tenía sueño, y comía pan cuando tenía hambre.

Pero al llegar a la entrada del pueblo, estaba tan extenuada por el sueño y el hambre que cayó sin conocimiento.

Cuando despertó, estaba acostada sobre el mullido colchón de su camita de hierro; a un lado, estaba su madre que le ofrecía un tazón de caldo y un pan moreno y la miraba, llorando; al otro lado, estaba el buen Perrín que la miraba y sonreía.

—Madre—exclamó Marilda, no sin antes comerse el pan y beberse el caldo—¡ya no quiero ser reina!

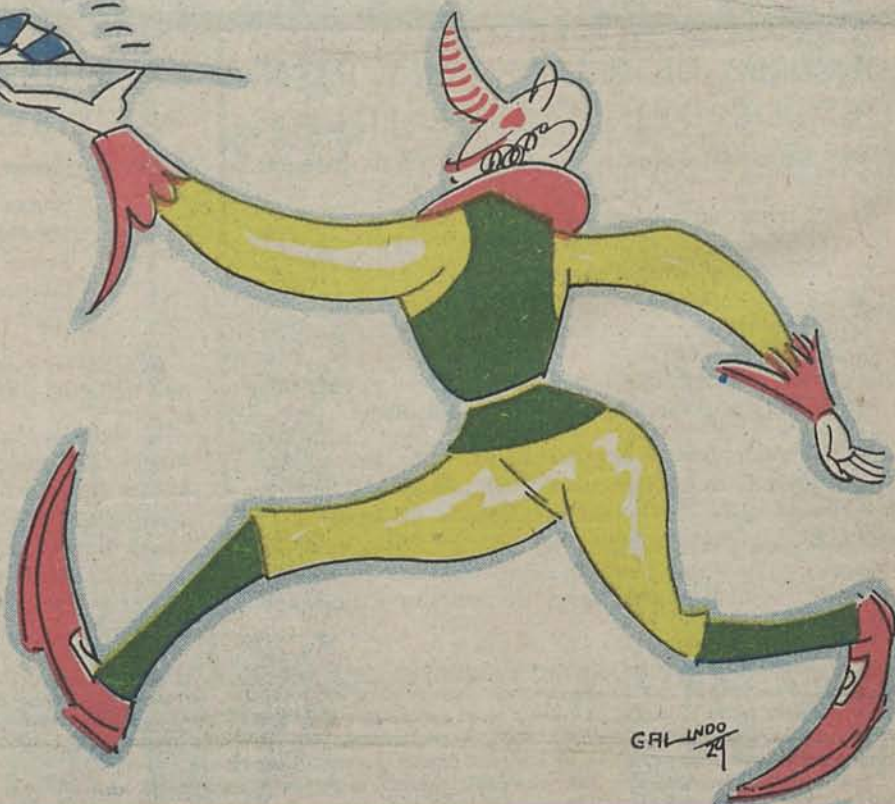
A Perrín, no le habló nada; pero le dió la mano, y Perrín que era muy listo comprendió lo que esto quería decir.

La bella Marilda y el buen Perrín se casaron y tuvieron muchos hijos.

¡Ah! se me olvidaba explicaros por qué aquel día en que hubo función de teatro en el pueblo, Perrín se había vuelto a su casa tan contento; sencillamente porque se le había ocurrido una gran idea y al terminar el espectáculo había tenido con los cómicos una larga conferencia; en ella, quedó convenido que toda la compañía, mediante el pago de una vaca y unas cuantas gallinas, se prestaría a representar, en las cuevas de la montaña, una farsa de reyes y de corte, en la cual saldrían a relucir cuantos trajes y oropeles tenían almacenados para sus dramas.

¿Comprendéis?

Marilda, por fortuna, no comprendió nunca, y vivió feliz, ya sin ambición; para qué ambiciones de fortuna ni poderío. Ya era rica, del cariño de los suyos, ya era reina en su casa y en su corral, en su huerta y en su jardín.



GALINDO 29